





OBRAS
DE
LUIS DE LEON



4

PQ6410
.L3
v.4
1885

010151



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080018985

OBRAS

DEL

P. M. FR. LUIS DE LEON.

OBRAS

DEL P. MTRO.

FR. LUIS DE LEON,

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN,

RECONOCIDAS Y COTEJADAS CON VARIOS MANUSCRITOS AUTÉNTICOS

POR EL

P. M. FRAY ANTOLIN MERINO,

DE LA MISMA ORDEN.

TOMO IV.

**El Cantar de los Cantares.
Respuesta estando preso.—Traducción del Salmo 41.—Cartas.
Apologia de Sta. Teresa.—Sermón sobre el Ev. *Vos estis sal*:
Declaración del Salmo 50.—Poesias.**

Con licencia del Ordinario.



UNIVERSIDAD DE
M. I. C. E. C. A. V. A. R. I. L. L. A. I. M. M. O. N. S. I. N. A.
Biblioteca Universitaria

MADRID:

COMPANIA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO,
S. BERNARDO, 92
1885.

46499

PQ6410

.L3

v.4

1885



FONDO E. VETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



DEPARTAMENTO DE CIENCIAS EXACTAS,
FÍSICAS Y NATURALES

EN SU ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
A CARGO DE D. A. AVRIAL.

DEL MAESTRO
FR. LUIS DE LEON,

LA EXPOSICION

DEL CANTAR DE CANTARES DE SALOMON

SEGUN LA LETRA.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

La exposición del Cantar de Cantares de Salomón en castellano, es acaso la primera obra del M. Fr. Luis de León. No la escribió él para darla al público, ni lo permitían las circunstancias de su tiempo. Su designio fué complacer á una persona de su confianza, que no sabía latín, y deseaba entender el contexto literal, y el orden seguido de la alegoría que contiene aquel libro sagrado; pues en lo que toca al sentido espiritual, estaba suficientemente instruida. Mas á pesar del cuidado que tuvo el M. Fr. Luis de recoger luégo, y guardar su escrito, sin permitir que nadie sacase copia, se le tomó ocultamente de entre sus papeles un familiar suyo; el cual, no contento con copiarle para sí, le comunicó á otros, que hicieron otro tanto, y así de mano en mano se fué divulgando y extendiendo por toda la mayor parte del reino.

No es de este lugar, ni de nuestro propósito describir la horrible tempestad que esta imprudencia de su doméstico ocasionó á nuestro Autor. Sólo diré, que según lo que aparece por el efecto, este fué el medio de que se valió la divina Providencia (atenta siempre á ordenar todas las cosas al mayor bien de sus escogidos) así para acrisolar la virtud de aquel grande hombre, como para manifestar al mundo las riquezas de su ingenio, que él por humildad y modestia, ó por natural inclinación, como dice él mismo, quería tener ocultas. Ello es, que al cabo de cinco años de trabajos, los más penosos y sensibles, puesto en plena libertad y restituido á su anterior estado, le obligaron con instancias sus

TOMO IV.

A

010151

amigos, y aun el Superior con un mandato, á que interpretase y publicase en latín el mismo libro para común utilidad y mayor confusion de sus émulos. En esta obra, al paso que declaró el contexto de la letra, y sonido de ella, añadió también otras dos exposiciones del sentido espiritual: una, en que declara por su orden los grados por donde el alma santa sube desde el principio de su conversión hasta el más alto de la perfecta unión con Dios; y otra, donde describe largamente la conducta amorosa y dulcísima de Dios con la Iglesia en las tres edades, en que divide él su duración sobre la tierra.

Con esto parece que el M. Fr. Luis dejó ya como olvidada y sepultada su primera exposición en castellano. Pero no lo estuvo para los literatos y curiosos. Las innumerables copias antiguas, y modernas, que á cada paso se encuentran en las Bibliotecas públicas, y en las reservadas de particulares, son buena prueba de la mucha estimación que siempre se ha merecido este precioso escrito. Asi hemos visto, que apenas cesó la prohibición temporal, que por justas causas se había hecho de las versiones vulgares de la sagrada Escritura, se manifestaron los vivos deseos de muchos que pedían su impresión, y en efecto sabemos, que la intentaron algunos. Mucho más después del público y ventajoso testimonio con que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Felipe Scio de San Miguel autorizó la misma obra en la sabia *Advertencia* que precede á su versión castellana del mismo libro de los Cantares. Habiendo copiado allí con grande elogio dos largos pasajes del prólogo de nuestro Autor, donde se da idea de aquel divino libro, y se manifiesta la mucha dificultad que hay para entenderle bien, añade estas notables palabras: «Todo esto es necesario tenerlo muy presente para la inteligencia de este libro, en cuya exposición seguiremos muy de cerca los pasos del incomparable Escritor, de quien lo hemos tomado para trasladarlo á este lugar.» Y así lo cumple en las notas eruditas con que ilustra el sagrado texto, citando continuamente al M. León, cuyas palabras le sirven casi de un seguido comentario.

Por fin salió al público nuestra obra impresa en Salamanca el año pasado de 1798 por Francisco Tojar, en un tomo en 4.º regular. Quien hubiese cotejado esta edición con los manuscritos que andan por ahí en manos de todos, hallará que sustancialmente es conforme, y contiene lo que leemos en ellos. Con bastante prolijidad y trabajo la hemos comparado con diez copias diferentes. Dos de ellas, que se conservan en la Biblioteca de este convento de San Felipe el Real, son al parecer del tiempo del Autor; otras, aun-

que modernas, nos cousta fueron, ó trasladadas de manuscritos antiguos, como la que usaba el Ilustrísimo Scio, ó confrontadas con ellos, como la que había dispuesto para la imprenta el difunto M. Fr. Diego Gonzalez, buen conocedor del espíritu y estilo del M. Fr. Luis. Sin embargo, es preciso confesar, como lo convence el mismo contexto, que tanto el impreso como las copias manuscritas, están llenas de defectos más ó menos considerables. Porque además de los descuidos ordinarios de los copiantes, se observa, que unos añadieron de suyo en unas partes, y quitaron en otras á su arbitrio. Otros se contentaron á veces con apuntar el pensamiento, y cortaron las palabras. Otros, finalmente, mudaron las que no entendían ó les parecían disonantes, sustituyendo otras.

Por una particular providencia de Dios, y un medio harto extraordinario, vino á nuestro poder un manuscrito de la misma obra, que por todas sus circunstancias parece del tiempo del mismo Autor, ó muy inmediato á él. Está hermosamente escrito, y aunque tiene sus faltas, no son de la clase que notamos en los demás, antes por él se corrigen y se suplen, y á veces se restablece el orden perturbado del discurso, contra lo que pide el contexto y sentido de las palabras. Contiene además, lo que no se encuentra en otro alguno de los que hemos visto hasta ahora, el mismo *Cantar de Cantares* en metro de octava rima. Son dos copias; una seguida á la exposición, y de la misma letra, y otra en cuatro hojas cosidas al fin, y muy estropeadas, de letra diferente, no tan buena, y más menuda. Este manuscrito, como el más completo y exacto de los descubiertos hasta ahora, nos ha servido de texto para esta edición: pero al pié de ella hemos notado las variantes de otros, dignas de conservarse, omitiendo las que nos han parecido, ó yerros de escribientes, ó añadiduras superfluas, que sólo servirían de recargar la impresión y embarazar la lectura. De este modo creemos se da al público la obra íntegra, limpia y correcta en lo posible, faltando el original de ella, y siendo lo que se encuentra copias de copias repetidas por espacio de dos siglos y medio.

Dijimos al principio, que el M. Fr. Luis compuso su Exposición de los Cantares para una persona determinada, instruida de antemano en el sentido espiritual, y así no cuidó por entonces más que de traducir y declarar, como él dice, *la corteza de la letra así llanamente, como si en este libro no hubiera otro mayor secreto*. Verdad es, que de cuando en cuando alza el velo, y descubre el secreto, señalando el blanco adonde se debe dirigir siempre la intención del que leyere este divino libro. Que como se nos man-

da en el culto y veneración de las sagradas imágenes, que no nos paremos ni fijemos en la pintura ó escultura material, sino al mismo tiempo que las miramos, elevemos nuestro espíritu dirigiéndole al misterio, ó santo que representan; del mismo modo leyendo la alegoría de que se compone este libro, que no es más que un hermoso cuadro en que se presenta á la vista un amor casto y legítimo de dos esposos terrenos, dibujado con figuras y comparaciones las más vivas y propias, debemos levantar el ánimo y fijarle en el amor divino entre el celestial Esposo y el alma santa. Pero como no todos se hallan en la disposición de aquella persona para quien se compuso determinadamente esta obra, nos ha parecido conveniente, y aun necesario, para hacerla más útil, llamar frecuentemente la atención de los lectores; y esto en dos maneras, presentándoles primero al frente de cada capítulo su argumento particular, según el sentido del espíritu; y añadiendo después sobre lo mismo en lugares oportunos notas entresacadas de otras obras del Autor.

Para cuya inteligencia se debe tener presente, que en su sistema el libro de los Cantares se divide en tres partes, que corresponden á las tres edades de la Iglesia sobre la tierra, de la ley natural, de la ley escrita, y de la ley de gracia; y á los tres estados, de Principiantes, de Aprovechados y de Perfectos, por donde pasan las almas que caminan á la perfecta unión con Dios. La primera parte comprende desde el principio del libro hasta el verso octavo del capítulo segundo: la segunda, desde este lugar hasta el verso tercero del capítulo quinto; y la tercera desde allí hasta el fin. Véase explicado este plan á la larga en el argumento general, que ponemos á continuación de este Prólogo. Entre tanto será bueno que traslademos aquí lo que dice nuestro Autor sobre los progresos que hace el amor de Dios en las almas, y cómo va creciendo el espíritu de nuestro Esposo celestial de grado en grado por los tres estados que hemos dicho. «Aunque reposa, dice, en nuestra alma todo el espíritu de Cristo, desde el primer punto que nace en ella, no por eso obra luégo en ella todo lo que es y lo que puede, sino primero como niño, y luégo como más crecido, y después como valiente y perfecto. Y de la manera que nuestra alma en el cuerpo, desde luégo que nace en él nace toda, mas no hace luégo que en él nace prueba de sí totalmente, ni ejercita luégo toda su eficacia y su vida, sino después, y sucesivamente, así como se van enjugando con el calor los órganos con que obra, y tomando firmeza hábil para servir al obrar; así es lo que decimos de Cristo, que aunque pone en nosotros todo su

espíritu, cuando nace, no ejercita luégo en nosotros toda su vida; sino conforme á como movidos de él le seguimos, y nos apuramos de nosotros mismos; así él va en su vivir continuamente subiendo. Y como cuando comienza á vivir en nuestra alma, se dice que nace en ella, así se dice, que crece cuando vive más: y cuando llega á vivir allí, al estilo que vive en sí, entonces es lo perfecto. De arte que según aquesto tiene tres grados este nacimiento, y crecimiento de Cristo en nosotros. El primero de niño, en que comprendemos la niñez, y la mocedad, lo principiante, y lo aprovechante, que decir solemos. El segundo de más perfecto. El último de perfecto del todo. En el primero nace, y vive en la más alta parte del alma. En el segundo en aquella, y en la que llamamos parte inferior. En el tercero en esto, y en todo el cuerpo del todo. Al primero podemos llamar estado de ley, por las razones que diremos luégo. El segundo es estado de gracia. Y el tercero, y último, estado de gloria.» (*Nombre de Hijo, tomo III, pág. 318.*)

Dejando aparte el estado de gloria, que no pertenece al libro de los *Cantares*, por lo menos en sentido de nuestro Autor, en cada uno de los otros tres (porque en el primero que aquí señala comprende dos, el de *principiante*, y *aprovechante*) hay cinco grados por donde el alma sube, y crece en el amor con este orden. Primero, la *vocación* de Dios, porque sin ella nadie puede emprender, ni seguir el camino que conduce á la vida, ni amar á Dios como se debe, según nos dice San Juan en su primera Epístola (cap. iv, v. 10): *No que nosotros amemos antes á Dios, sino porque Él nos amó primero*. Segundo, el *deseo*, que esta misma vocación excita en el alma, de aspirar á la unión con Dios. Tercero, la *prueba*, que Dios hace de este deseo, proponiendo alguna dificultad, y trabajo, para que vea la misma alma, y conozca si está constante en él: porque hay muchos que al principio emprenden con ardor grandes cosas; pero en atravesándose algún tropiezo ó molestia, vuelven atrás, como dice el Evangelio (Luc., cap. viii, v. 13): *Reciben con alegría la palabra de Dios, y en el tiempo de la tentación la desamparan*. Cuarto, examinada, y probada el alma, le comunica Dios nuevos favores, y la ilumina y enciende con más crecido amor, y esto es lo que los místicos llaman en latín *illapsus*. Quinto, penetrada el alma con esta luz, y gusto celestial, desfallece en cierto modo, y desampara el cuerpo arrebatada toda hácia Dios, que es el *sueño espiritual, éxtasis, ó raptó*.

Pues estos cinco grados, vocación, deseo, prueba, ilapso y raptó, se encuentran y se suceden por el mismo orden en cada uno de los tres estados referidos, más subidos y perfectos en el

segundo que en el primero, y en el tercero que en el segundo; pero todos en cada uno. Así echará de ver cualquiera que lea con atención, que unas mismas expresiones se repiten con más ó menos viveza, y por unas mismas figuras, y comparaciones más ó menos ilustres y magníficas, por tres veces diferentes en las tres partes del libro. Sólo que en la primera parte, y estado de los Principiantes, se omite la vocación de Dios, y se comienza por el *deseo* expresado en las primeras palabras: *Béseme con el beso de su boca*. Así lo pedía la razón, y el fin que se propuso Salomón en su Cantar. Porque la primera vocación se dirige al alma distraída y disipada por el amor de las criaturas; y si se introdujese ella en este estado de aversión á Dios, ya no sería celebrar el epitalamio de los divinos desposorios, sino lamentarse de su ingratitud y perdición. Y como de esto había tratado ya largamente Salomón en los libros de los Proverbios y del Eclesiastés, lo supone en este de los Cantares, y por eso lo omite. En los otros dos estados de Aprovechados, y Perfectos, bien claramente se ve la vocación, que así como es necesaria para emprender el camino de la justicia, lo es también para proseguirle, y adelantar en él. *Voz de mi amado se oye*: aquí comienza el estado de Aprovechados. *La voz de mi querido llama*: es donde comienza el estado de los Perfectos, según ya dijimos.

Conforme á este plan hemos dispuesto los argumentos de los capítulos, y las notas, que van distribuidas al pie de las páginas, explicando con palabras propias y llanas lo que en el texto se dice con figuras y semejanzas de cosas corpóreas, según el estilo familiar de la sagrada Escritura. Sobre lo cual, para que todos entiendan cuánto se humana Dios con los hombres y de cuántas maneras procura excitar en nosotros su amor, particularmente en este libro de los Cantares, pondrémos aquí por conclusión lo que el Autor escribió á otro propósito, y viene como nacido para el nuestro.

«Esta manera de hablar, donde con semejanzas y figuras de cosas, que conocemos, y vemos, y amamos, nos da Dios noticia de sus bienes y nos los promete; para la cualidad, y gusto de nuestro ingenio, y condicion, es muy útil, y conveniente. Lo uno, porque todo nuestro conocimiento, así como comienza de los sentidos, así no conoce bien lo espiritual, sino es por semejanza de lo sensible, que conoce primero. Lo otro, porque la semejanza que hay de lo uno á lo otro, advertida, y conocida, aviva el gusto de nuestro entendimiento naturalmente, que es inclinado á cotejar unas cosas con otras, discurriendo por ellas;

y así cuando descubre alguna gran consonancia de propiedades entre cosas que son en naturaleza diversas, alégrase mucho, y como saboréase en ello, é imprímelo con más firmeza en las mientes. Y lo tercero, porque de las cosas, que sentimos, sabemos por experiencia lo gustoso, y lo agradable que tienen; mas de las cosas del cielo, no sabemos cuál sea; ni cuánto su sabor y dulzura. Pues para que cobremos afición, y concibamos deseo de lo que nunca hemos gustado, preséntanoslo Dios debajo de lo que gustamos, y amamos: para que entendiendo, que es aquello más, y mejor que lo conocido, amemos en lo no conocido, el deleite, y contento, que ya conocemos. Y como Dios se hizo hombre dulcísimo, y amorosísimo, para que lo que no entendíamos de la dulzura, y amor de su natural condición, que no veíamos, lo experimentásemos en el hombre, que vemos, y de quien se vistió, para comenzar allí á encender nuestra voluntad en su amor; así en el lenguaje de sus escrituras nos habla como hombre á otros hombres, y nos dice sus bienes espirituales, y altos con palabras, y figuras de cosas corporales, que les son semejantes, y para que los amemos, los enmiela con con esta miel nuestra, digo, con lo que Él sabe que tenemos por miel» (*Nombre de Brazo, tom. III, pág. 146 y siguientes*).

Después de tan sabias razones, excusado es detener más al lector, sino rogarle, que separando su corazón de todo lo temporal y terreno, aspire á los eternos gozos del cielo, á que el Espíritu santo nos convida en este su divino libro, diciéndonos á todos:

*Omnia casta mihi, procul hinc, procul este, prophani:
Corda, liber castus, quid nisi casta petit?*